

---

# REVISTA

DE

# ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

---

## SUMARIO

La muerte del espiritista.—Críticas incompletas (continuación).—La verdad sobre el caso de M. Valdemar.—Hipnotismo.—Pensamientos.—Crónica.—Anuncios.

---

### LA MUERTE DEL ESPIRITISTA

---

#### Á ANA CAMPOS EN EL QUINTO ANIVERSARIO DE SU DESENCARNACIÓN

No hemos querido poner por epígrafe de este articulito «La muerte del justo»: justo, nadie lo es en este mundo, ni aun Cristo se tenía por tal: ¿qué mucho pues que nosotros no lo seamos? pero si no somos justos, somos espiritistas, y esto ya es algo, porque tenemos conocimiento de la justicia, demás verdades morales y de sus consecuencias, y aun cuando por desgracia nos falten fuerzas para practicarlas, en ciertas ocasiones amoldamos á ellas nuestra conducta, siquiera sea de un modo pasivo, obrando como filósofo que procura guardar analogía entre sus conocimientos y su modo de obrar, flaqueando en sus ideales de perfección, cayendo y levantándose como hombre tan poco práctico en el bien cual niño pequeño que empieza á servirse de sus débiles y vacilantes piernas.

Quien ha cantado, pues, la muerte del justo, ha ido bastante fuera de camino, no sólo porque, como acabamos de decir, justos no los hay aquí bajo, sino porque el hombre más justo ó más bueno de la tierra puede tener mucho temor á la muerte, no tanto por sus padecimientos físicos como por esa angustia moral que le ha de causar el salir de un mundo conocido para entrar en otro desconocido. Los filósofos, y aun los poetas que han abrazado la parte moral de la filosofía, nos han legado páginas magníficas sobre la muerte del filósofo, habiendo en sus pensamientos más idealismo que realidad, porque el tiempo ha demostrado que muchos filósofos, lejos de morir como tales, han muerto como individuos vulgares ó quizá peor aún, como seres á quien falta la fe mamada en la cuna, y que lejos



de reemplazarla con risueñas esperanzas, con ideales luminosos, ven atornentada su alma por la duda, escarbada la conciencia por esa inseguridad de lo que seremos mañana. ¡Ah! quién pudiera leer la desesperación que amarga el corazón de algunos sabios en sus momentos postrimeros!

No hablemos de los que mueren en el seno de una religión cualquiera; aparentemente muchos están penetrados de sus verdades y de sus consuelos: en realidad pocos hay que traspasen con pie firme y ánimo sereno los umbrales tenebrosos de la otra vida; la mayoría de los devotos muere ofreciéndonos ejemplos poco edificantes.

Si pues no acaban como debieran, ni los ignorantes, ni los sabios, ni los místicos, ni los filósofos, veamos cómo pueden y suelen morir los espiritistas. Si en la vida nos asiste el conocimiento del Espiritismo dándonos resignación en nuestras pruebas y fe en un porvenir mejor, lógico es que tan santa creencia nos dé fuerza moral en nuestras postrimerías y nos anime y consuele con tanto cariño y persuasión como una madre consuela á un hijo afligido y extraviado por el exceso del dolor.

El Espiritismo, mostrándonos lo pasado, nos enseña la razón de lo presente, y raciocinando sobre nuestro menguado presente y enlazándolo con un pasado peor, deducimos lo porvenir. Si nuestra filosofía aprovechara sólo para este mundo, poco aprovecharía, porque esta vida efímera y transitoria no es la vida normal del espíritu, bien como la enfermedad no es el estado normal del individuo; las cosas que no llevan más mira que la estrechez de esta tierra, pobres son, pudiendo decir de ellas el Espiritismo lo que Isaías decía de los suyos: «Cuánto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros.» Nuestra filosofía, después de probarnos cómo todo guarda relación y dependencia, esta existencia con la otra, este tiempo y el otro y el de más allá, nos abre las puertas de la otra vida y nos dice: «ahí entraréis cuando de aquí salgáis»; y entonces el espiritista, al comparar este período miserable por el cual pasamos, con placeres imaginarios las más de las veces, y penas reales, con necesidades y trabajos que no nos dejan un momento de reposo, con achaques físicos que abaten nuestro ánimo, y con dolores morales que abaten el cuerpo y lo doblan y lo tronchan como el vendabal troncha las plantas; en lucha constante no sólo con los elementos y la materia inanimada, sino con la lucha espantosa contra los demás seres inteligentes, hermanos nuestros; padeciendo siempre en todos los estados y períodos de nuestra existencia, cuando niños, como niños, cuando hombres, como hombres, y cuando ancianos, como viejos y como padres, pues que todas las penas de la familia que nos hemos creado, repercuten con eco dolorosísimo en nuestro corazón; contrariados sin cesar por personas y circunstancias, esclavos de nuestro trabajo, esclavos de nuestras pasiones, esclavos de las mismas preocupaciones, ¿qué espiritista, digo,



al contemplar este cuadro que cada uno ve destacarse en frente de sí, y al compararlo con la vida del espíritu, vida exenta de necesidades y llena de actividad en el sentido intelectual y moral, actividad que no agotará nuestras fuerzas ni nos fatigará nunca, qué espiritista, digo, al considerar las dos vidas deja de exclamar: ¿Qué hay en este mundo de más trascendental y más bello que la muerte? Sin ella ¿qué sería de nosotros? ¿Viviríamos siempre doloridos, siempre muriendo. ¿Qué de gracias debemos á la piedad suprema, que de vez en cuando nos permite escapar de esta cárcel y nos deja acudir al espacio, donde tomamos fuerzas para volver á encerrarnos aquí, bien como enfermo decaído abandona el lugar de su residencia yendo en busca de salud á fin de continuar después sus acostumbradas ocupaciones; sólo que por la muerte los resultados son mucho más seguros y positivos. Si no fuera por estos descansos del alma, ¿cómo podríamos llevar á cabo la reparación de nuestras faltas, tantas en número y tan graves en su esencia? Rendidos ya al principio de la jornada, imposible nos fuera continuar, mientras que tomando aliento durante las erraticidades, vamos subiendo el calvario llevando á cuestas la cruz de nuestros pecados. Y luego, cuando nos hayamos hecho acreedores á esos mundos alumbrados por arreboles de luz y por la inteligencia refulgente de sus moradores, cuando en nuestra frente se asienten tantos pensamientos como bienaventurados debían sentarse á la diestra de Dios Padre, cuando nuestro corazón se abra á todos los afectos cual se abren las flores en cuanto las besa la aurora, cuando recordemos las existencias que en este y otros planetas hemos tenido, y comprendamos la lógica de ellas, vendrá á aumentar la dicha de nuestro presente el ver cómo todo tiempo pasado fué peor y cómo el que está por venir será mejor.

Y luego ¿qué más consolador que la íntima convicción de que si aquí dejamos una familia, allí encontraremos otra, estando sin embargo al cuidado de la de aquí? El padre podrá auxiliar á sus hijos, la madre enviarles raudales de amor, el hijo consolará á sus padres, el hermano ayudará á su hermano, y el amigo no olvidará al amigo, y cuando todos puedan reunirse ¡qué suerte ser compañeros de ventura, como lo habían sido de desgracia!

Quien esté persuadido de estas verdades que el Espiritismo nos ha mostrado y probado por esa relación constante, visible y tangible entre las almas de los que se fueron y las de los que aquí quedan, no puede temer á la muerte.

Por eso fueron tan tranquilos, tan bellos los últimos momentos de Sócrates; si su vida fué modelo de sabiduría, de paciencia, de dulzura, su muerte fué modelo de muertes. ¿Quién no habrá leído con fruición las páginas de Platón, referentes á las postrimerías de su buen maestro? Sócrates murió como puede morir hoy un ferviente espiritista; no murió ni como los héroes de una guerra, de una revolución, que se dejan matar con ánimo sereno, tal vez por un último resto de valentía acompañado de alguna vanidad; no murió tampoco como los mártires,



que, según cuentan, entonaban alabanzas á Dios al són horrible del chirrido de las carnes; no, nada de eso encontraréis en el padre de la filosofía: su muerte es naturalísima; no hay en ella ni altivez, ni cobardía; habla á sus discípulos de las miserias humanas y de las ventajas de la otra vida, más para consolarles que para convencerse él propio; tiempo hacía que estaba empapado de las últimas verdades que á sus discípulos repitió. Esta convicción le hizo abandonar este mundo sin temor, sin angustia, antes bien con placer. Inútil es añadir á nuestros lectores, porque los supongo enterados de ello, que Sócrates, salvo algún pequeño detalle, era en acción y en teoría un consumado espiritista, y al hablar de la muerte, no he podido por menos que traerlo al caso. Así como también he de decir que todos estos pensamientos que en tropel y en confusión he expuesto sobre la muerte, me los ha sugerido el recuerdo de nuestra buena hermana Anita, que hace cinco años marchó, dejándonos aquí mustios y afligidos con su ida, aun cuando enseñó á más de uno cómo muere un espiritista. Desde los primeros síntomas comprendió que su enfermedad era mortal; no se asustó por ello, al contrario, había sufrido mucho y no le pesaba salir de este mundo; tenía fe en otro y otros mejores. Sólo una pena sentía y la manifestó. ¿Cómo quedarían su esposo, su ahijada, que vivían al calor de sus caricias, que tanto la necesitaban? Este pensamiento fué pasajero; Dios proveería á todo, cuidaría de ellos por otros medios, ella misma quizá les serviría de providencia; por el momento, sólo debía pedir fuerzas para bien morir, á fin de que el tránsito fuese menos amargo; así lo hizo, despidióse de todos aunque no con aquel dolor de los que no esperan verse más, y se fué quedando entre nosotros, pero dejando en el corazón de sus parientes y amigos una pena que el tiempo no ha podido borrar, y la firme convicción de que si Anita valía como esposa, hermana y amiga, es decir, como mujer, valía aún más como filósofo y como espíritu pensador.

Cierto que ni su vida ni su muerte pasarán á la posteridad, como pasaron Sócrates y otros personajes célebres; lejos de nosotros semejante idea; pero la nubecilla que flota en el aire no deja de cumplir su misión por más que nadie en ella se fije, como no deja de alumbrar la estrella lejana que desconocemos, ó deja de perfumar la violeta cuya existencia ignoramos. Sólo Dios, que está en el secreto de todas las cosas, las ve todas, las recompensa y se sirve de ellas para que todas juntas concurren á la armonía universal.

Aunque en círculo limitado, Anita enseñó muchas cosas, pues ya hemos dicho que como espíritu, su lucidez era grande; como mujer, nos amó y dió á todos sus amigos, generosas muestras de cariño. Permite, pues, que te dediquemos estas desordenadas frases, y deja que en nombre de cuantos te conocieron te salude cariñosamente tu amiga del corazón,

MATILDE RAS.



## CRÍTICAS INCOMPLETAS

### DEL ESPIRITISMO CRISTIANO Y CIENTÍFICO FUNDADO POR ALLAN KARDEC

(Continuación)

«Cada paso que damos hacia lo mejor, nos aproxima al estado perfecto, y lo mejor relativo, conquistado por nuestros esfuerzos, nos servirá de recompensa suficiente, aunque no podremos jamás conseguir la perfección absoluta.»

«He aquí la declaración que proponemos á los que quieran unirse con nosotros en espíritu, para trabajar con su prójimo en la regeneración social y en la construcción del cuerpo espiritual de la humanidad :

#### DECLARACIÓN

1.—«Provistos de nuestra razón, esta luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo, ponemos en principio la libertad moral, *la soberanía personal, la autonomía de la conciencia*, que hace al hombre responsable de sus actos y le impone la obligación de *gobernarse á sí mismo en todas las esferas de su actividad.*»

2.—«Apoyados en la ciencia, que nos demuestra que todo en el mundo está regido por leyes fijas, inmutables, descontamos la intervención, en los fenómenos de la naturaleza, de toda voluntad arbitraria, considerando el milagro como destructor del principio de orden, incompatible con la armonía de los mundos, y contradictorio con la solidaridad que une todos los seres y todas las partes del universo, además de anti-científico y anti-religioso.»

3.—«Respetuosos del orden social, que representa en cada momento dado los esfuerzos de las generaciones anteriores, y deseosos de conservar los tesoros adquiridos, nos consideramos moralmente obligados á trabajar y aumentar sin cesar la herencia común de la humanidad bajo el triple punto de vista de los bienes físicos y afectivos, morales é intelectuales, aplicándonos para hacer participar de ellos lo más equitativamente posible todos los miembros de la familia humana.»

4.—«Poniendo en Dios el ideal de toda perfección y haciendo de la perfección el fin de toda existencia, cada uno se esforzará en mejorarse y ayudar con todas sus fuerzas y medios á los otros para perfeccionarse á la vez, obedeciendo así á la palabra evangélica: *Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto....*»

¡Muy bien! Estamos completamente conformes.

Somos correligionarios. Esto mismo queremos los espiritistas, adoctrinados por Allan Kardec.



Esto es colocarse por encima de las religiones positivas, de la urdimbre histórica de las *formas caducas*, de los *cultos especiales*, de las creencias individuales libres, de los dogmas particulares y de los milagros.

Oigamos esto mismo con otras palabras en el espíritu de Rivail ó sea Allan Kardec.

«Después de diez y ocho siglos de luchas y disputas vanas, durante los cuales se ha dado completamente de mano á la parte más esencial de la enseñanza de Cristo, la única que podía asegurar la paz de la humanidad, se siente uno cansado de esas estériles discusiones, que sólo perturbaciones han producido, engendrando la incredulidad, y cuyo objeto no satisface ya la razón.»

«Hay en el día una tendencia manifiesta de la opinión general á volver á las ideas fundamentales de la primitiva Iglesia, y á la parte moral de la enseñanza de Cristo; PORQUE ELLA ES LA ÚNICA QUE PUEDE HACER MEJORES Á LOS HOMBRES. Es clara, positiva, y no puede dar motivo á controversias. Si desde un principio hubiera seguido la Iglesia este camino, sería hoy omnipotente en vez de hallarse en su ocaso; hubiese aliado á la mayoría de los hombres, en lugar de haber sido desgarrada por facciones. Cuando los hombres sigan esta bandera, se tenderán fraternalmente la mano, en vez de anatematizarse y maldecirse por cuestiones que la mayor parte de las veces no comprenden. Esta tendencia de la opinión es señal de que ha llegado el momento de plantear la cuestión en su verdadero terreno.» (OBRAS PÓSTUMAS.—*Naturaleza de Cristo*)....

«Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: los actos ordinarios de la vida de Jesús, los milagros, las predicciones, las palabras que han servido para establecer los dogmas de la iglesia, y LA ENSEÑANZA MORAL. Si las cuatro primeras han sido objeto de controversias, la última ha subsistido inatacable. Ante este código divino la misma incredulidad se inclina; y él ES EL TERRENO DONDE PUEDEN ENCONTRARSE TODOS LOS CULTOS, el estandarte bajo el cual todos pueden abrigarse, CUALQUIERA QUE SEAN SUS CREENCIAS; porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, siempre y por todas partes suscitadas por las cuestiones de dogmas; por lo demás, si las sectas la hubiesen discutido, hubieran encontrado en ella su propia condenación, porque la mayoría han tomado en consideración, más la parte mística que la parte moral, que exige LA REFORMA DE SÍ MISMO. Para los hombres en particular es una REGLA DE CONDUCTA, QUE ABRAZA TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA PÚBLICA Ó PRIVADA, EL PRINCIPIO DE TODAS LAS RELACIONES SOCIALES FUNDADAS EN LA MÁS RIGUROSA JUSTICIA; y sobre todo es el camino infalible de la felicidad verdadera, la parte que nos descubre el velo que cubre la vida futura».... (*Introducción al Evangelio según el Espiritismo*)....

He ahí por qué los espiritistas practicamos la *Religión Laica*, y vemos una elevadísima *Sociología* en las Leyes Morales del Libro de los Espíritus, y en



el Evangelio de Allan Kardec y sus colaboradores de la vida ultramundana.

¡Y cuántas páginas podríamos copiar parecidas á estas! En ellas, bien sentidas y meditadas, descubrimos triunfante y gozoso el espíritu de Cristo, que de nuevo viene á irradiar en el mundo, para que se haga UN SOLO rebaño y un solo pastor; para que no haya primeros ni últimos, siendo cada uno servidor de todos; para que antes de todo busquemos el REINO de Dios y su justicia, una vez que detrás vendrá lo demás por añadidura, esto es, la paz, y el sitio de todos en el banquete de la vida; para hacer que acaben las distinciones de circuncisos é incircuncisos, scytas, griegos ó judíos; para que se establezca el Nuevo Pacto del Sacerdocio espiritual y fraterno; para que se cumplan las profecías del Espíritu de Verdad ó Consolador Prometido; y todos los sarmientos sintamos fluir por nuestras venas la misma savia de vida que circula en la cepa. ¡Bendito sea el espíritu de Cristo, ya que pensando en él, el corazón acalla toda diferencia, y nivelando las almas, les da el Evangelio de Libertad *gratis* por la Nueva Alianza de la Solidaridad, la Tolerancia y el Amor!.... Si: si: La enseñanza moral de Jesús aplicada en nosotros mismos: este es el culto del espíritu: esta es la realidad religiosa, inmutable, eterna y universal.

«La fe inalterable es la que puede mirar á la razón frente á frente, en todas las edades de la humanidad».

Se dice en los libros de Rivail, que una alta dama de la aristocracia, vestida humildemente y como desconocida, iba á domicilio á ejercer la caridad y enjugar lágrimas, procurando dejar lejano su coche atestado de provisiones. Se pregunta:—«¿Era espiritista?»—Y se contesta.—«¿Qué importa que no lo sea?»—He aquí el Espiritismo más sublime, aunque no lleve tal nombre.

Pero ahora volvamos la oración por pasiva aplicándola á nosotros mismos.

¿Somos cultistas del subjetivismo del sentimiento? ¿Vemos la unidad humana en la práctica de la enseñanza moral de Jesús, y tenemos por templo la escuela y el taller? Tenemos una libertad consciente y autónoma, y buscamos la *fe inmutable* y razonada.

¿No somos cultistas de esta ó de la otra *forma*, ó de ninguna? ¿No somos de Apolos, de Cephas, de Pablo ni de Bernabé?

¿Mas qué importa que no lo seamos, si procuramos ejercitar la parábola del buen samaritano?

Esta es la Religión Laica.

Este es el Espiritismo Cristiano de Allan Kardec.

Este es el Evangelio de Jesús.

Es lo mismo que Allan Kardec enseñara Religión Laica con el nombre de Espiritismo, ó que Fauvety enseñe Espiritismo con nombre de Religión Laica, en cuanto á los principios y la regeneración concierne.

(Continuará.)



## LA VERDAD SOBRE EL CASO DE M. VALDEMAR

HISTORIA EXTRAORDINARIA, POR EDGARDO POE

No hay ciertamente motivo para asombrarse de que el caso extraordinario de M. Valdemar haya promovido una discusión. Hubiera sido un milagro que así no hubiera sucedido, particularmente dadas las circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas de mantener secreto el asunto, al menos por ahora, ó aguardando la oportunidad de una nueva investigación, y nuestros esfuerzos por acertar han dado lugar á un relato truncado ó exagerado que ha trascendido al público, y que, presentando el suceso bajo los colores más desagradablemente falsos, se ha convertido naturalmente en fuente de gran descrédito.

Se ha hecho pues necesario que cite *los hechos*, tal al menos como yo mismo los comprendo. Helos aquí sucintamente:

El magnetismo, en estos últimos años, había atraído mi atención por muchos conceptos; y hará cerca de nueve meses que se fijaba tenazmente en mi espíritu la idea de que en la serie de experiencias hechas hasta el presente había una muy notable y muy inexplicable laguna: nadie había sido magnetizado todavía *in articulo mortis*. Quedaba por saber, primeramente, si en semejante estado existía en el paciente una receptibilidad cualquiera del influjo magnético; en segundo lugar, si en caso afirmativo estaba atenuada ó aumentada por la circunstancia; tercero, hasta qué punto ó por cuánto tiempo los estragos de la muerte podían ser detenidos por la operación. Había otros puntos que aclarar, pero aquellos eran los que más excitaban mi curiosidad, particularmente el último, á causa del carácter inmensamente grave de sus consecuencias.

Buscando en torno mío un sujeto por medio del cual pudiese yo aclarar estos puntos, llegué á fijar la vista en mi amigo, M. Ernesto Valdemar, el compilador bien conocido de la *Bibliotheca forensica*, y autor (bajo el pseudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. M. Valdemar, que residía generalmente en Harlem (Nueva York) desde el año 1839, es ó era particularmente notable por la excesiva delgadez de su persona — sus miembros inferiores se parecían mucho á los de John Randolph, — y también por la blancura de sus patillas, que hacían contraste con su negra cabellera, que cada uno tomaba consecuentemente por una peluca. Su temperamento era singularmente nervioso y ofrecía un excelente sujeto para las experiencias magnéticas. En dos ó tres ocasiones le había llegado á dormir sin gran dificultad; pero me vi engañado en cuanto á los demás resultados que su constitución particular me había naturalmente hecho esperar. Su voluntad no estaba jamás positiva ni enteramente sometida á mi influencia, y relativamente á la *clarividencia* no pude



obtener con él nada sobre que se pudiese confiar. Había siempre atribuido mi falta de éxito sobre estos puntos al desarreglo de su salud. Algunos meses antes de la época en que le conocí, los médicos e habían declarado víctima de una tisis bien caracterizada. Á decir verdad, era su costumbre hablar de su próximo fin con mucha sangre fría, como de una cosa que no podía ser ni evitada ni sentida.

Cuando las ideas de que acabo de hablar me ocurrieron por primera vez, era muy natural que pensase en M. Valdemar. Yo conocía muy bien la sólida filosofía de aquel hombre para temer algunos escrúpulos de su parte, y no tenía parientes en América que pudiesen plausiblemente intervenir. Le hablé francamente de la cosa; y, con gran sorpresa mía, pareció tomar en ello un interés muy vivo. Digo con gran sorpresa mía, porque, aunque siempre graciosamente hubiese sometido su persona á mis experiencias, jamás había mostrado simpatía por mis estudios. Su enfermedad era una de las que permiten un cálculo exacto relativamente á la época de su *desentlace*; y finalmente se convino entre nosotros que me enviaría á buscar veinticuatro horas antes del término marcado por los médicos para su muerte.

Hace ahora unos siete meses que recibí del mismo M. Valdemar el billete siguiente:

«Mi querido P...,

»Puede usted venir perfectamente *ahora*. D... y F... están acordes en decir que no pasaré mañana más allá de la media noche; y creo que han calculado con exactitud, ó bien poco le falta.

»VALDEMAR.»

Recibí este billete una media hora después de haberseme escrito, y, en quince minutos lo más, ya estaba en el cuarto del moribundo. No le había visto hacia diez días, y me admiró la terrible alteración que este corto intervalo había producido en él. Su cara era de un color de plomo; los ojos estaban enteramente apagados, y la delgadez era tan notable que los pómulos habían agujereado la piel. La expectoración era excesiva; el pulso apenas sensible. Conservaba sin embargo de una manera muy singular todas sus facultades espirituales y cierta cantidad de fuerza física. Hablaba distintamente, tomaba sin ayuda algunas drogas paliativas, y, cuando yo entré en la sala, estaba ocupado en escribir algunas notas en una agenda. Estaba sostenido en su lecho por almohadas. Los doctores D... y F... le prestaban sus auxilios.

Después de haber estrechado la mano de Valdemar, llevé aparte á estos señores y obtuve una relación minuciosa del estado del enfermo. El pulmón izquierdo estaba hacia diez y ocho meses en un estado semi-óseo ó cartilaginoso, y por lo tanto, absolutamente impropio para toda función vital. El derecho, en su región superior se había también osificado, sino en totalidad, al menos



parcialmente, mientras que la parte inferior no era más que una masa de túberculos purulentos, penetrándose unos á otros. Existían muchas perforaciones profundas, y en cierto punto había adherencia permanente de las paredes. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha comparativamente reciente. La osificación había marchado con una rapidez muy insólita — un mes antes no se descubría todavía ningún sintoma, — y la adherencia no había sido notada mas que en los tres últimos días. Independientemente de la tisis, se suponía un aneurisma en la aorta, pero sobre este punto los síntomas de la osificación hacían imposible todo diagnóstico exacto. La opinión de los dos médicos era que M. Valdemar moriría al día siguiente domingo hacia media noche. Estábamos en sábado, y eran las siete de la tarde.

Abandonando la cabecera del moribundo para hablar conmigo, los doctores D... y F... le habían dado un supremo adiós. No tenían intención de volver, pero á petición mía, consintieron en venir á ver al paciente hacia las diez de la noche.

Cuando hubieron partido, hablé libremente con M. Valdemar de su muerte próxima, y más particularmente de la experiencia que nos habíamos propuesto.

El se mostró siempre lleno de buena voluntad; hasta manifestó un vivo deseo de esta experiencia y me pidió que comenzase inmediatamente. Dos criados, un hombre y una mujer, estaban allí para prestarle sus auxilios; pero no me sentí completamente libre para ocuparme en tarea de tal gravedad sin otros testimonios de más confianza que los que podrían producir aquellas gentes en caso de accidente súbito. Dejé pues la operación para las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con el que estaba yo algo relacionado, M. Teodoro L..., me sacó definitivamente del aprieto. Primeramente había resuelto aguardar á los médicos: pero fuí inducido á comenzar inmediatamente, primero por los ruegos apremiantes de M. Valdemar, en segundo lugar por la convicción de que no tenía un instante que perder, porque evidentemente se iba.

M. L... fué bastante bueno para acceder al deseo que expresé de que tomase notas de cuanto sobreviniese; y de sus apuntes es de donde yo calco, por decirlo así, mi relato. Cuando no he reasumido, he copiado palabra por palabra.

Eran las ocho menos cinco, cuando, tomando la mano del paciente, le rogué confirmase á M. L..., tan distintamente como pudiese, que era su formal deseo, de él, Valdemar, que yo hiciese una experiencia magnética sobre él, en tales condiciones.

Replicó débil, pero muy distintamente:

—Si, yo deseo ser magnetizado—añadiendo inmediatamente después:—Mucho me temo que lo hayáis diferido demasiado.

Mientras hablaba, había yo comenzado los pases que ya había reconocido ser más eficaces para dormirle. Evidentemente fué influenciado por el primer movi-



miento de mi mano que cruzó su frente: pero cuando desplegué toda mi potencia, ningún otro efecto sensible se manifestó hasta que á las diez y diez minutos, los médicos D... y F... llegaron á la cita. Les expliqué en pocas palabras mi deseo; y como no hiciesen ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en su periodo de agonía, continué sin vacilación, cambiando siempre los pases laterales en pases longitudinales, y concentrando toda la mirada exactamente en el ojo del moribundo.

Durante este tiempo, su pulso se hizo imperceptible, y su respiración obstruída y marcando un intervalo de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora, casi sin cambios. Á la espiración de este periodo, sin embargo, un suspiro natural, aunque horriblemente profundo, se escapó del seno del moribundo, y la respiración ruidosa cesó, es decir, que su ronquido no fué ya sensible; los intervalos no habian disminuído. Las extremidades del paciente tenían un frío de hielo.

Á las once menos cinco minutos, apercibí síntomas inequívocos de la influencia magnética. La vacilación vítreo del ojo se habia cambiado en esa expresión penosa de mirada *hacia dentro* que no se ve jamás sino en los casos de sonambulismo, y que es imposible equivocar; con algunos pases laterales rápidos, hice palpar los párpados como cuando el sueño nos coge, é insistiendo un poco los cerré completamente. Sin embargo, no era esto bastante para mí, y continué mis ejercicios vigorosamente y con la más intensa proyección de voluntad, hasta que hube completamente paralizado los miembros del durmiente, después de haberlos colocado en una posición en apariencia cómoda. Las piernas estaban completamente estiradas; los brazos extendidos, y descansando sobre el lecho á una distancia media de los riñones. La cabeza estaba muy ligeramente levantada.

Cuando hube hecho todo esto, era ya más de media noche, y supliqué á aquellos señores que examinasen la situación de M. Valdemar. Después de algunas experiencias, reconocieron que estaba en un estado de catalepsia magnética extraordinariamente perfecto. La curiosidad de los dos médicos estaba grandemente excitada. El doctor D... resolvió inmediatamente pasar toda la noche cerca del paciente, mientras que el doctor F... se separó de nosotros prometiendo volver al amanecer. M. L... y los enfermeros se quedaron.

Dejamos á M. Valdemar absolutamente tranquilo hasta las tres de la mañana; entonces me aproximé á él y le encontré exactamente en el mismo estado que cuando el doctor F. habia partido;—es decir que estaba extendido en la misma posición; que el pulso era imperceptible, la respiración suave, apenas sensible,—excepto para la aplicación de un espejo á los labios;—los ojos cerrados naturalmente, y los miembros tan rígidos y tan fríos como el mármol. Sin embargo, la apariencia general no era ciertamente la de la muerte.



Aproximándome á M. Valdemar, hice una especie de semi-esfuerzo para determinar á su brazo derecho á seguir el mío en los movimientos que yo describía suavemente acá y allá sobre su persona. Otras veces, cuando había intentado estas experiencias con el paciente, jamás habían dado resultado completo, y seguramente que no esperaba mejor resultado esta vez; pero, con gran asombro mío, su brazo siguió muy suavemente, aunque indicándolas débilmente, todas las direcciones que el mío le señalaba. Me determiné á ensayar algunas palabras de conversación.

— M. Valdemar — dije — ¿duerme usted?

No respondió, pero apercibi un temblor en sus labios, y me vi obligado á repetir mi pregunta una segunda y una tercera vez. Á la tercera, todo su sér fué agitado por un ligero estremecimiento; los párpados se levantaron por sí mismos como para descubrir una línea blanca del globo; los labios se movieron perezosamente y dejaron escapar estas palabras con un murmullo apenas inteligible:

— Sí; duermo ahora. ¡No me despertéis! ¡Dejadme morir así!

Toqué los miembros y los encontré siempre tan rígidos. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano. Pregunté de nuevo al sonámbulo:

— ¿Siente usted siempre dolor en el pecho, M. Valdemar?

La respuesta no fué inmediata; fué aún menos acentuada que la primera.

— ¿Dolor? no, yo muero.

No juzgué conveniente atormentarle más por el momento, y no se dijo ni se hizo nada de nuevo hasta la llegada del doctor F., que precedió un poco á la salida del sol, y expresó un asombro sin límites encontrando al paciente todavía vivo. Después de haber tocado el pulso del sonámbulo, me rogó le hablase de nuevo. Obedecí, y le dije:

— M. Valdemar, ¿duerme usted siempre?

Como precedentemente, algunos minutos se deslizaron antes de la respuesta, y durante el intervalo, el moribundo parecía recoger toda su energía para hablar. Á mi pregunta repetida por la cuarta vez, respondió muy débilmente, casi ininteligiblemente:

— Sí, siempre; duermo, yo muero.

Era entonces opinión, ó más bien el deseo de los médicos, que se permitiese á M. Valdemar permanecer sin ser molestado en ese estado actual de calma aparente, hasta que sobreviniese la muerte; y esto debía tener lugar — hubo unanimidad sobre este punto — en un espacio de cinco minutos. Resolví sin embargo hablarle todavía una vez, y repetí sencillamente mi pregunta precedente.

Mientras que yo hablaba, se operó un cambio marcado en la fisonomía del sonámbulo. Los ojos giraron en sus órbitas, lentamente descubiertos por los párpados que ascendían, la piel tomó un tono general cadavérico, semejando menos al pergamino que al papel blanco, y las dos manchas héticas circulares,



que hasta entonces habían estado vigorosamente fijas en el centro de cada mejilla, se *extinguieron* súbitamente. Me sirvo de esta expresión, porque la instantaneidad de su desaparición me hizo pensar en una bujía soplada mejor que en cualquier otra cosa. El labio superior, al mismo tiempo, se torció subiendo por encima de los dientes que inmediatamente cubrió por completo, mientras que el maxilar inferior caía con una sacudida que pudo ser oída, dejando la boca completamente abierta, y descubriendo del todo la lengua negra é hinchada. Presumo que todos los testigos estaban familiarizados con los horrores de un lecho de muerte: pero el aspecto de M. Valdemar en ese momento era de tal modo horroroso, horroroso más allá de toda concepción, que hubo un retroceso general lejos de la región del lecho.

Conozco ahora que he llegado á un punto de mi relato en que el lector sublevado me rehusará todo crédito. Sin embargo, mi deber es continuar.

No había ya en M. Valdemar el más débil sintoma de vitalidad; y, deduciendo que estaba muerto, le dejábamos al cuidado de los enfermeros, cuando un fuerte movimiento de vibración se manifestó en la lengua. Esto duró tal vez un minuto. Á la expiración de este período, de los maxilares distendidos é inmóviles brotó una voz—una voz tal que sería locura intentar describirla. Hay sin embargo dos ó tres epítetos que podrían aplicársele como aproximados; así, puedo decir que el sonido era áspero, desgarrado, cavernoso; pero el horror total no es definible, por la razón de que sonidos semejantes no han vibrado jamás en el oído de la humanidad. Había sin embargo dos particularidades que—entonces lo pensé y lo pienso todavía—pueden justamente tomarse como características de la entonación, y que son propias para dar cierta idea de su extrañeza extra-terrestre. En primer lugar, la voz parecía llegar á nuestros oídos—al menos á los míos—como de muy lejana distancia ó de algún abismo subterráneo. En segundo lugar, me impresionó (temo, en verdad, que me sea imposible hacerme comprender) de la misma manera que las materias glutinosas ó gelatinosas afectan al sentido del tacto.

He hablado á la vez de sonido y voz. Quiero decir que el sonido era de una silabización distinta, y aun terriblemente, espantosamente distinta. M. Valdemar *hablaba*, evidentemente para responder á la pregunta que yo le había dirigido algunos minutos antes. Yo le había preguntado—recuérdese—si dormía siempre. Él dijo entonces:

—Sí, no, *he dormido*; y ahora... ahora *estoy muerto*.

Ninguna de las personas presentes intentó ocultar ni aun reprimir el indescribible, el estremeciente horror que estas pocas palabras así pronunciadas habían tan perfectamente creado. M. L., el estudiante, se desvaneció. Los enfermeros huyeron inmediatamente de la habitación, y fué imposible volverles á ella. Cuanto á mis propias impresiones, no pretendo hacerlas inteligibles para el lector. Du-



rante casi una hora, nos ocupamos en silencio (ni una palabra se pronunció) en volver á M. L. á la vida. Cuando volvió en sí, tornamos á nuestras investigaciones sobre el estado de M. Valdemar.

Había permanecido á todas luces tal como le he descrito últimamente, á excepción de que el espejo no daba vestigio alguno de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo quedó sin éxito. Debo mencionar también que este miembro no estaba ya sometido á mi voluntad. En vano me esforzaba en hacerle seguir la dirección de mi mano. La sola indicación real de la influencia magnética se manifestaba entonces en el movimiento vibratorio de la lengua. Cada vez que dirigía una pregunta á M. Valdemar, parecía que hacía un esfuerzo para responder, pero que esta volición no era suficientemente duradera. Á las preguntas hechas por otra persona que yo, parecía absolutamente insensible, aunque hubiese intentado poner á cada miembro de la sociedad en relación magnética con él. Yo creo que ahora ya he relatado todo lo que es necesario para hacer comprender el estado del sonámbulo en este período. Nos procuramos otros enfermeros, y á las diez sali de la casa, en compañía de los dos médicos y de M. L...

Por la tarde, volvimos todos á ver al paciente. Su estado era absolutamente el mismo. Entonces tuvimos una discusión sobre la oportunidad y la posibilidad de despertarle; pero bien pronto nos pusimos de acuerdo sobre que de ello no podía resultar ninguna utilidad. Era evidente que hasta entonces, la muerte, ó lo que se define hábilmente por la palabra *muerte*, había sido detenida por la operación magnética. Nos parecía claro á todos que despertar á M. Valdemar, hubiese sido simplemente asegurar su minuto supremo, ó al menos acelerar su desorganización.

Desde entonces hasta fines de la semana última — *un intervalo de siete meses próximamente*, — nos reuníamos diariamente en la casa de M. Valdemar, acompañados de médicos y otros amigos. Durante todo este tiempo el sonámbulo permaneció *exactamente* tal como le he descrito. La vigilancia de los enfermeros era continua.

El viernes último fué cuando resolvimos finalmente hacer la experiencia de despertarle, ó al menos ensayar á hacerlo; y el resultado, deplorable tal vez, de esta última tentativa es lo que ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados, á tantos rumores en los que yo no puedo dejar de ver el resultado de una credulidad popular injustificable.

Para arrancar á M. Valdemar á la catalepsia magnética, hice uso de los pases acostumbrados. Durante algún tiempo, quedaron sin resultado. El primer síntoma de vuelta á la vida fué una contracción parcial del iris. Observamos como un hecho muy notable que este descenso del iris estaba acompañado del flujo muy abundante de un licor amarillento (de debajo de los párpados) de un olor acre y fuertemente desagradable.



Se me sugirió entonces ensayase influenciar el brazo del paciente, como en tiempos. Ensayé, no pude, y El doctor F... expresó el deseo de que le dirigiese una pregunta. Lo hice del modo siguiente:

— M. Valdemar, ¿puede usted explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones ó sus deseos?

Hubo una vuelta inmediata de los círculos héticos á las mejillas; la lengua tembló ó más bien giró violentamente en la boca (aunque los maxilares y los labios permaneciesen siempre inmóviles), y á la larga la misma horrible voz que ya he descrito hizo erupción:

— ¡Por el amor de Dios! ¡pronto! ¡pronto! ¡hacedme dormir ó bien pronto despertadme! ¡pronto! ¡Os digo que estoy muerto!

Yo estaba totalmente enervado, y durante un minuto permanecí indeciso sobre lo que había de hacer. Hice primero un esfuerzo para calmar al paciente; pero esta total suspensión de mi voluntad no me permitió obtener resultado, hice lo inverso y me esforcé tan vivamente como me fué posible en despertarle. Bien pronto vi que esta tentativa tendría pleno éxito— ó al menos yo me figuré bien pronto que mi éxito sería completo, — y estoy seguro de que cada uno en la sala esperaba el despertar del sonámbulo.

En cuanto á lo que sucedió en realidad, ningún sér humano hubiera podido esperarlo; está fuera de toda posibilidad.

Como yo daba rápidamente los pases magnéticos á través de los gritos de: — ¡Muerto! ¡muerto! — que hacían literalmente explosión en la lengua y no en los labios del sujeto, todo su cuerpo, de un solo golpe, en el espacio de un minuto, y aun menos, se escapó, se desmenuzó, se *podrió* absolutamente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los testigos, yacía una masa repugnante y cuasi líquida; una abominable putrefacción (1).

Villanueva de Gállego, Abril 1887.

Traducción de

JUAN JUSTE.

---

## SOBRE LA CLARIVIDENCIA Ó DOBLE VISTA DE LOS LLAMADOS ADIVINOS

---

La facultad ó mediumnidad de la *doble vista* se puede presentar bajo dos aspectos, uno de los cuales ha sido bastante debatido y estudiado, mientras que el otro ha permanecido casi ignorado ó poco estudiado por lo menos.

Estos dos aspectos que he citado, vamos á clasificarlos: Al 1.º, que es el más

---

(1) *Si non è vero è ben trovato* podríamos decir; pero, ¿si no es verdad, podría serlo? Este problema planteado hace casi medio siglo por Edgardo Poe, sigue todavía sin resolver; estudiadlo y discutidlo, magnetizadores, que bien merece la pena.—J. J.



común, le llamaremos clarividencia espiritual, que es el que abraza toda la facultad de poder ver á los espíritus y los objetos por nosotros formados por medio de la combinación de fluidos, y 2.º clarividencia material que abraza todo lo perteneciente á materia terrestre, pudiendo ver, por medio de esa facultad, todas las personas ú objetos reales de vuestro mundo, á través de todos los obstáculos reales también; á esta última clasificación pertenecen los que han dado en llamarse adivinadores.

El adivinador no es más que un medium vidente, material, que se vale de su videncia para sorprender el pensamiento fijo y determinado de otro sér encarnado.

Vosotros ya sabéis que los espíritus en estado libre, por medio de nuestra fuerza de voluntad formamos fluidicamente todos los objetos que queremos; y ese poder estriba sólo en nuestro propio deseo.

Vosotros, á esa fuerza de voluntad ó deseo, le llamáis imaginación, y á fuerza de pensar en un objeto lo llegáis á formar del mismo modo que lo formamos nosotros. Al tener vuestro pensamiento formado, aunque sea, en la mayor parte de los casos, inconscientemente, el adivinador lo ve y reconoce sin equivocarse nunca si vuestro pensamiento es firme y constante; mas nunca llegará á conocerlo si al momento que lo hayáis formulado lo abandonáis; en ese caso son chispas fugaces que se pierden en la inmensidad del espacio sin que el ojo del encarnado pueda reconocerlas.

Para que el adivinador pueda ejercer su voluntad con acierto, necesita que el sujeto elegido para ocultar un objeto ó formular un pensamiento, lo haga con toda la fuerza de su voluntad, con lo cual consigue trazar la estela que conduce al lugar del objeto escondido ó formular el pensamiento que puede distinguirse y hasta leerse, como se leyó la inscripción del festín de Baltasar y otras muchas creaciones fluidicas. Apariciones y visiones que, abusando de la ignorancia, han explotado sin caridad los fariseos de todas las religiones.

Mucho más podría deciros sobre este asunto, pero cada cosa vendrá á su tiempo. Analizadlo todo y esperad.

Mayo 5 de 1887.—Medium J. E.

\*\*\*

---

## PENSAMIENTOS

---

### I

Siendo infinito el Espacio y eterno el tiempo, debe ser de la eternidad el estudio y progreso del Espíritu.



II

Del progreso individual depende la felicidad del Suelo Terrestre.

III

Siendo el progreso una verdad y ley para todo existente, no hay que dudar que los que hoy son llamados salvajes habitantes de lugares incivilizados, serán, al través de las edades, misioneros de mundos de felicidad.

IV

Los hombres de hoy necesitan beber de un sentimiento religioso, cual religiosidad debe ser admiración del amor universal.

V

Los santos han servido para aterrorizar, no para hacer progresar.

VI

Si nada se pierde, digo yo (en criterio materialista): ¿quién sabe si en uno de estos mundos que en claras noches vemos que centellean en el firmamento, hay una molécula de un cuerpo que un día yo amé y hoy cumple la misma misión en tal lugar y desde allí parece me llama por la ley de amor? Y (en criterio Espiritista) digo: Dios sabe si en un mundo de los que vemos brillar en el firmamento hay un sér que un día habitó en la Tierra, y hoy me llama desde allí para ir también á gozar con él!

VII

La maldad no existe, la ignorancia si.

VIII

En tiempos pasados era indispensable la disciplina para el progreso individual y colectivo, mas hoy son indispensables los libros, el estudio y el análisis de las cosas.

IX

La lucha de la inteligencia es necesaria para el adelanto del Espíritu.

X

El hombre se labra su cielo ó infierno en su modo de obrar en la Tierra.



## HIPNOTISMO

De algún tiempo acá parece viene preocupando bastante la atención pública un hecho que han dado en llamar nuevo de puro viejo. Nos referimos á las veladas, conferencias ó sesiones de hipnotismo (nuevo nombre con que la ciencia nos presenta ahora el magnetismo) que hoy están de moda en los círculos literarios, teatros y salones. Las últimamente celebradas por el doctor Das en esta capital, han dado margen para que en la casi totalidad de los periódicos barceloneses hayan aparecido, bien en forma de gacetilla, bien en calidad de artículos, escritos más ó ménos ambiguos, pero que en común tienen un punto sobre el cual todos parecen estar conformes, tal es la extrañeza que les causa la realidad del fenómeno, es decir, explican los efectos, mas no arriesgan una palabra acerca de la causa que los produce.

Hanse distinguido no obstante dos diarios, católico integrista el uno, independiente con ribetes de materialista el otro, cada uno de los cuales, creyéndose con autoridad suficiente para el caso, ha tratado de ilustrar á sus lectores acerca de este fenómeno que por fin parece ha logrado interesar la curiosidad del mundo científico. Y en efecto; *El Correo Catalán* diciendo que la sugestión hipnótica es *arte diabólico*, y *El Diluvio* calificándolo de *verdad demostrable* sin otra razón de ciencia que demuestre la parte esencial del fenómeno, habrán conseguido tan sólo dejar á sus lectores, como vulgarmente se dice, á la luna de Valencia.

Duélenos en el alma el ver que asunto de tanta trascendencia sólo merezca para algunos la importancia de nueva diversión con la cual logró satisfacer una curiosidad, cuando atraídos la mayor parte de las veces por reclamos similares á los puestos en práctica por las empresas de grandes espectáculos, acuden á satisfacer sencillamente una curiosidad, llámese Cumberland, Das, etc., el indicado para proporciónársela.

Cerca de cuatro lustros cuenta de vida nuestra publicación; durante este transcurso de tiempo hemos venido estudiando teórica y prácticamente los fenómenos del hipnotismo (magnetismo) en todas sus manifestaciones, parándonos á analizar hasta los más pequeños detalles, relacionándonos con las principales eminencias científicas y adquiriendo para el estudio cuantas obras se han publicado sobre esta materia, que no dejan de sumar infinidad de volúmenes. Con estos materiales y con los que nos ha facilitado nuestra propia experiencia, hemos debatido suficientemente este asunto en largas series de artículos que han visto la luz en esta REVISTA. Repásese sino nuestra colección y se verá que, si bien no hemos dicho la última palabra sobre el tema que nos ocupa, en cambio hemos ido en nuestras investigaciones mucho más lejos que todos cuantos hasta la fe-



cha se han presentado en teatros y salones absorbiendo la atención del público con sus experimentos de sugestión hipnótica. ¿Qué de extraño pues que nosotros, y con nosotros los que por espacio de tantos años han venido siguiendo el curso de estos experimentos, no hayamos mostrado extrañeza ante esas sesiones públicas últimamente celebradas, las que á pesar de haber conseguido despertar general asombro, nada nuevo han venido á enseñarnos?

Mas no obstante, sentimos grata satisfacción al ver cómo la verdad se impone, y bueno es que el mundo científico haya principiado á apechugar con el estudio de estos fenómenos tan largo tiempo desdeñados, principiendo por levantar la punta del velo que los encubre, y cuyo perfecto conocimiento ha de dar la clave para la solución de grandes problemas que han de influir grandemente en el progreso de todas las ciencias.

Seguramente que no habríamos tomado la pluma para añadir una palabra más á las que llevamos dichas en esta REVISTA sobre el mismo tema (ya que las conferencias del doctor Das no nos han traído nada nuevo) á no haber leído en *El Diluvio* del día 17 del corriente, edición de la mañana, un artículo titulado *Un Mundo nuevo*, que se limita á reseñar una de las sesiones del doctor Das y de cuya reseña entresacamos los siguientes párrafos:

«El doctor Das hace preceder sus experimentos de una plática explicativa y *tiene el tacto de no abordar* el problema sociológico que los últimos descubrimientos del hipnotismo envuelven.

»Por hoy, he de ceñirme yo también á su punto de vista puramente médico (material diría más bien), tanto por lo largo que es ya este escrito, como por aguardar á ver si se despeña alguno de esos circulitos, periódicos y sacristías que abrigan la infatuación de saber dónde yace la verdad.»

Perdónenos el articulista si creemos no está en lo justo quien atribuye fatuidad de saber á los demás mientras aplaude á *los que tienen el tacto de no abordar* problemas sociológicos, ó lo que es lo mismo, mientras alienta para que persista en el error ó se abstenga en la duda al que se encuentra en condiciones para llegar tal vez á descorrer por completo el velo encubridor de *eso* que él mismo califica de *verdad demostrable*. ¿Cómo podrá el doctor Das llegar á descubrir *ese nuevo mundo* que indica el colega en el epígrafe de su artículo, si se detiene en el camino, merced á sus mismas indicaciones?

Es por esto que nos permitiremos, con permiso de *El Diluvio* y á guisa de conclusión decirle que nosotros no tendremos la *infatuación* de saber dónde *yace* (¿?) la verdad, pero sí diremos que hemos tenido ocasión de presenciar y probar por nosotros mismos dentro del orden de ideas que nos ocupa, hechos más importantes que los alcanzados por el citado doctor, en sus sesiones que tanto han entusiasmado, y sin embargo ya no nos van pareciendo tan sobrenaturales; es por esta razón que difiriendo del parecer del colega, á quien tenemos el ho-



nor de dirigirnos, lo que nosotros aconsejamos al doctor Das y á cuantos como él se dedican á esta clase de estudios, es que vayan adelante en sus investigaciones, seguros como estamos de que no tardarán en penetrar en ese *nuevo mundo*, y entonces llegarán á adquirir el perfecto conocimiento de la verdad.

En donde hay luz se disipan las sombras. Todo efecto reconoce una causa.

Todo efecto inteligente reconoce una causa inteligente.

Y no hay nada nuevo debajo del sol.

JOSÉ C. FERNÁNDEZ.

---

## CRÓNICA

---

Copiamos de nuestro colega local *El Diluvio* de 17 del actual:

«UN NUEVO MUNDO.—El doctor Das tuvo la galantería de dedicar á esta Redacción una sesión de hipnotismo, la cual verificóse anteanoche en el gabinete del doctor Castells.

Y como los compañeros acordaron que EL HURÓN diese cuenta de la misma, he aquí de nuevo á esta *alimaña*, como diría el *Correo Catalán*, con la pluma en la mano.

El doctor Das no será el diablo, como deben creer á estas horas todos los monaguillos y beatas de la capital, pero á fe que se porta como si lo fuese.

Por lo que vimos, es para él cosa de segundos, no más que de segundos, poner á un sujeto en estado hipnótico.

Sin preparación ni solemnidad ningunas, en medio de una conversación animada y cual si se tratase de inquirir el tiempo que hace, «á ver, Margarita ó Rosalía», dice, dirigiéndose á los sujetos experimentales, «á ver», las toma las manos, fijan ellas su mirada en la del doctor, y á poco, á muy poco, cierran los ojos, tuercen el cuello y ya están hipnotizadas.

Ya han caído en un estado que no pueden comprender los gacetilleros del *Diario de Barcelona*, pero que tampoco pueden negar, ni ellos ni el obispo, ni *el sursum corda*.

¡Oh rabia, como dice *Rigoletto*, *d'esser buffone*! ¡Qué rabia, sí, para los mo-jigatos al ver esos descubrimientos que anonadan toda su filosofía, y qué papel tan bufo el suyo, por no decir inicuo, al pretender oponer vallas al paso de la verdad demostrable, cuando un día y otro se exige acatamiento á la controvertible!

Tuercen el cuello, he dicho, los sujetos experimentales, y desde aquel instante aquellos seres que disfrutaban momentos antes una vida de relación ente-



ramente propia, están convertidos en unos autómatas: pensarán, obrarán y sentirán solamente como quiera su hipnotizador, dígase su domador.

Cosa todavía más admirable: una vez vueltos á la vida normal, ejecutarán inconscientemente tales ó cuales actos que durante el estado hipnótico les haya sugerido el experimentador, aunque fuese, por ejemplo, apersonarse en la Redacción del *Correo Catalán* y proferir, como el sietemesino de *Pepa la frescachona*, un estrepitoso ¡aaanimal!

Desde tiempo estoy enterado de los fenómenos cóhcomitantes con el letargo hipnótico; mas concretándome á lo que anteanoche vi, me toca únicamente enumerar las siguientes pruebas, como concluyentes y exentas de toda superchería posible.

Se nos dió á oler una sustancia tan acre, que al primer asomo de olfatearla nos causaba un sobresalto; la hipnotizada, no obstante, á instigación del doctor Das la estuvo oliendo sin pestañear, cosa de un minuto, husmeándola placenteramente como exquisita fragancia de agua de colonia.

Cogidos con ambas manos los reóforos de una pila, aquel de nosotros que mayor resistencia opuso á la sacudida muscular que aquella acaba por producir á medida que se carga, se aguantó hasta los 25 grados del indicador; la hipnotizada, dormida é inerte, esto es, no disponiendo de fuerza de voluntad ninguna para contrarrestar la de la pila, aguantóse facilísimamente hasta el grado cincuenta y cinco. Tras escaso esfuerzo convirtió el doctor Das la hipnotizada en cataléptica, en cuyo estado ningún hombre de los de la reunión pudo doblegar los brazos á la enferma, ni siquiera levantarla la mano que tenía agarrada á una abrazadera del sillón.

Más tarde la puso en estado de éxtasis, consiguiendo que al són de una tocata plañidera prorrumpiese en llanto, y al compás de un wals se le transformase el semblante y se pusiese á danzar.

Cito, repito, los experimentos principales y que no dieron ocasión á dudas ningunas, ni al canónigo más interesado en que no se venga nunca abajo la Catedral. Enumerar todos los que tuvo la amabilidad de hacernos presenciar el doctor Das, fuera tarea interminable, pues allá á la media noche, cuando nos retiramos, todavía quería someter á nuestra consideración algunas pruebas de innegable sugestión mental.

Con las que antes nos había mostrado; con las que conocemos de París, donde no há mucho se obligó á robar á un joven á la vista de todo el mundo; dada la facilidad con que el doctor Das sacaba á la hipnotizada del estado cataléptico, el modo cómo la hacía obedecer en todo y por todo; y vista finalmente la prontitud con que la despertó, cosas todas imposibles de obtener para los demás concurrentes, concluimos y salimos persuadidos de que todo lo que se cuenta tocante



á ese punto de los fenómenos psíquicos del hipnotismo será tan verdad como lo que presenciarnos relativamente á los físicos.

Á lo que parece, y dilucidando el punto *grosso modo*, el hipnotizado tiene en suspenso durante el letargo toda su vida nerviosa; sirve de receptáculo, en cambio, á cuanta le comunica el hipnotizador, y luego al despertar siente los efectos de esta especie de transfusión de fluido nervioso ora experimentando cierto cambio físico que puede ser causa de alivio en sus dolencias, ora adoptando, sin pensarlo, ideas y propósitos que le sugirió su *influidor*.

Perdone, señor D. Hermógenes del *Correo Catalán*, si el hipnotismo le acaba de apabullar á V. S. el bonete, como es de creer en vista de sus recientes progresos; ese neologismo *influidor* no podrá menos de ser adoptado. Apúntele V. S., pues, por curiosidad lingüística, aunque proceda de un mal gramático, que en compensación es todavía peor católico.

El doctor Das hace preceder sus experimentos de una plática explicativa, y tiene el tacto de no abordar el problema sociológico que los últimos descubrimientos del hipnotismo envuelven.

Por hoy, he de ceñirme yo también á su punto de vista puramente médico, tanto por lo largo que es ya este escrito, como por aguardar á ver si se despeña alguno de esos circulitos, periódicos y sacristías que abrigan la infatuación de saber dónde yace la verdad.

El doctor Das nos decía muy llanamente: «mi propósito es curar enfermos; y si me he exhibido públicamente ha sido para propagar un método que, á menos de ser examinado y palpado por mucha gente, no había de ser creído dadas sus apariencias maravillosas.»

Pero, señor Das, el negocio no tiene entrañas, y crea Vd. que para muchos eso del libre albedrío cuyo ejercicio se castiga y premia en la otra vida, y eso de la responsabilidad criminal, tocante á la cual se hace de más y de menos acá en la tierra, no son cuestiones de moralidad la una, ni de justicia la otra. Son uno de los aspectos ó gatuperios del negocio social que el hipnotismo propende á transformar.

Y es natural, ante el ataque surgen negociantes..... conservadores.— EL HURÓN.»

\* \* OBRAS DE CARLOS JAMARK.

|   |           |
|---|-----------|
| <i>Personajes bíblicos</i> .—1 tomo de 470 páginas. . . . .                                     | 6'00 pts. |
| <i>Las penas del infierno</i> . . . . .   | 0'50 »    |
| <i>Filosofía y religión</i> .—2. <sup>a</sup> parte de los <i>Personajes bíblicos</i> . . . . . | 3'00 »    |
| <i>Papas y reyes</i> .—3. <sup>a</sup> parte de los <i>Personajes bíblicos</i> . . . . .        | 5'00 »    |

Barcelona.—Principales librerías.



Recomendamos el estudio de estas obras á todos aquellos que traten de apreciar el suicidio lento que la institución religiosa de Roma opera en sí misma, inmóvil en las redes destructoras de la *contradicción*. De nada la servirán todos los esfuerzos del jesuitismo y de una política maquiavélica, alardeando de amor á la ciencia y á los progresos, si á la vez destruye con los hechos estas afirmaciones, al dejar subsistentes el círculo vicioso de sus escritores, la pretendida santidad de errores innumerables de los hombres en los tiempos anárquicos de la barbarie, mentiras de personajes bíblicos y otros pormenores poco edificantes, los fraudes piadosos, el abuso excesivo de novelas sobre milagros, de lo que hay un inmenso arsenal, la idolatría y la especulación sobre cosas no susceptibles de estafas ni de ventas, asesinatos y guerras religiosas que se llamaron santos, ó ataques perennes á la filosofía y á la ciencia modernas. Con dogmas anti-históricos y absurdos; con el Syllabus, negación de la ciencia y vértigo de la fe ciega despótica; el Diablo compitiendo con Dios en milagros; ó el Infierno Eterno, doctrina monstruosa, contraria á los atributos de Dios, á las leyes de progreso y libertad, y textos de la Escritura misma, bastante numerosos. La necesidad de reformas se impone. Es una ilusión creer que pueden vivir el fraude, la *contradicción* ó la opresión de las conciencias; que puede servir de base religiosa la alianza á la política, el terror maldiciente, y las cadenas á la libertad huyendo del Evangelio y hundiéndose cada vez más en un fárrago de idolatrías. Por eso Roma, á pesar de sus misiones cantando el *hossana* á las ciencias y al progreso, á la libertad y la cultura, toca en las postrimerías de su ocaso; porque no se apercibe, ó si se apercibe lo desprecia con cinismo, que sus hechos son la negación de sus palabras cuando habla con franqueza financiera, política, situalista, dogmática, ó disciplinaria, ó por la *Bula Unigenitus*. Un cliente de Roma es un esclavo del pensamiento y de la voluntad. Atado á la tasa de la Cancillería, al Jesuitismo, al Syllabus que le roba la historia y la ciencia, al Dogma que le ata más y más: ¿qué le queda de hombre libre? Por fortuna no hay apenas creyentes sinceros capaces de cumplir fielmente el fárrago de idolatrías de Roma, negación rotunda del Evangelio, que por otra parte no se conoce; pero si los hubiera diríamos en verdad que eran la retrogradación oscurantísima, y la abdicación de la libertad en manos de otros, lo que asemeja mucho á la bestia de carga. Esto nos explica el que los frailes de otros tiempos poseyesen la mayoría del territorio español.

\* \* \* Se ha recibido en esta Redacción un folleto que los espiritistas de Santa Pola dirigen al cura Regente de dicha parroquia, contestando á las provocaciones que les dirigió desde el púlpito. Poco prudente el buen cura dió lugar á que los espiritistas á quienes tan mal trató, se hayan visto obligados á dejarle en el mayor ridículo. Felicitamos á los espiritistas de Santa Pola por su prudente escrito.



\*. La sociedad espiritista *La Perseverancia* de Mendoza, calle del Valle, n.º 13, ha publicado su Reglamento del que nos ha remitido un ejemplar. Deseamos á la nueva sociedad toda la prosperidad posible y muchos años de propaganda.

\*. ESTUDIOS SOCIALES EN EL EVANGELIO, por Navarro Murillo. Este folleto de 50 páginas se entregará como regalo de su autor, mediante la presentación del recibo del corriente año.

---

## INTERESANTE

---

La excepcional condición en que nuestra publicación se encuentra por falta de puntualidad en la renovación de sus abonos, pagados por anualidades anticipadas, obliga á que esta Administración aproveché todas las ocasiones de hacer economías, y siendo una de ellas el local de su despacho, lo que da lugar á reiterados cambios, ruega á sus lectores que en lo sucesivo, cuando se dirijan á esta Dirección ó Administración, lo hagan (sin otra indicación) en la forma siguiente:

«Señor Director (ó Administrador) de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.—*Barcelona.*»

---

## ANUNCIOS

---

Una señora extranjera, instruida y que ha viajado mucho, desea colocarse en una familia como institutriz, dama de confianza, ó cosa análoga, dentro ó fuera de Barcelona.—En la Redacción de este periódico informarán personalmente ó por escrito.

---

Con una notable rebaja para los abonados á la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS se facilitarán las interesantes obras de Carlos Jamarck:

|  |           |              |
|--|-----------|--------------|
| <i>Personajes bíblicos.</i>              | . . . . . | 6 pesetas.   |
| <i>Papas y Reyes.</i>                    | . . . . . | 5 »          |
| <i>Filosofía y Religión.</i>             | . . . . . | 4 »          |
| <i>Las penas del Infierno</i> (folleto). |           | 50 céntimos. |

En esta Administración se facilitará un vale á los abonados que quieran adquirir dichas obras con el mayor descuento posible.

---

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.ª (Calle Pallars-Salón de S. Juan)